

JULIO PINTO VALLEJOS

CORTAR RAICES, CRIAR FAMA:
EL PEONAJE CHILENO EN LA FASE INICIAL
DEL CICLO SALITRERO, 1850-1879*

I. MIGRACIÓN Y PROLETARIZACIÓN

El 3 de julio de 1890 los portuarios de Iquique se declararon en huelga. Agrupados en torno a su tradicional "Gremio de Jornaleros y Lancheros" y alentados seguramente por la profunda crisis económica y política que por entonces estremecía a las clases dirigentes, los huelguistas exigían el pago de sus jornales en moneda dura, en lugar del papel moneda que ya se hacía habitual en el país. A la postre el objetivo no se logró, y el propio Gremio fue legalmente disuelto por el Congreso Nacional. En el intertanto, sin embargo, la acción de los portuarios se propagó hacia otros sectores de la clase obrera iquiqueña, y desde allí hacia los miles de trabajadores que se desempeñaban en las oficinas salitreras de la provincia. Para estos últimos, lo vivido constituyó su primera experiencia masiva de movilización reivindicativa, su primera huelga en el sentido moderno de la palabra. Por si ello no bastara, el ejemplo iquiqueño fue imitado en otros puertos de la región, como Pisagua, Arica y Antofagasta, e incluso en algunos tan lejanos, y estratégicos, como Valparaíso, Talcahuano y Coronel. Consciente o inconscientemente, los obreros tarapaqueños habían desencadenado la primera huelga general en la historia de Chile.¹

No era la primera vez que un grupo de trabajadores chilenos paralizaba sus labores para obtener algo de sus empleadores o del Estado. Ni siquiera era

* Este artículo forma parte del Proyecto Fondecyt 92-0117, que se realiza bajo el auspicio de CONICYT, Chile.

¹ Este tema ha sido tratado en mis artículos "1890: un año de crisis en la sociedad del salitre", *Cuadernos de Historia* N° 2 Santiago, 1982, y "La transición laboral en el norte salitrero: la Provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile, 1870-1890", *Historia* N° 25, Santiago, 1990. Un análisis más detallado de la huelga en "A Desert Cradle: State, Foreign Entrepreneurs and Workers in Chile's Early Nitrate Age. Tarapacá, 1879-1890", tesis doctoral inédita, Yale University, 1991.

la primera vez que ello sucedía en las provincias salitreras. Los propios portuarios iquiqueños ya habían protagonizado acciones reivindicativas antes de 1890, ocasionalmente con bastante éxito. También lo habían hecho otros obreros de la región, como los de las guaneras, los mineros de la plata y diversos oficios urbanos.² Lo diferente, sin embargo, era la masividad del movimiento, su capacidad de irradiación incluso más allá de los límites regionales, y la simultaneidad de las respuestas. Desde el punto de vista de los grupos dirigentes, las huelgas anteriores habían sido irritantes, pero nunca verdaderamente peligrosas. La de 1890, en cambio, despertó temores más profundos. Para el diputado conservador Carlos Walker Martínez, por ejemplo, se trataba nada menos que de la llegada a Chile “de una plaga que estaba muy lejos de nosotros, y que es el cáncer que tiene dañadas en sus entrañas a las sociedades europeas”.³ El influyente periódico *El Ferrocarril*, por su parte, advertía que “Las huelgas... (son) una plaga funesta que corroe las entrañas de la industria y de las sociedades europeas. Chile ha estado libre de ellas, y sería un mal gravísimo que se introdujeran en nuestros hábitos sociales”.⁴ En lo sucesivo, la elite chilena no podría seguir ignorando la “cuestión social”.

Esta y otras percepciones de similar naturaleza marcan el inicio de una imagen que ha dejado una profunda huella en la conciencia histórica nacional: la de las provincias salitreras como “cuna” del proletariado chileno, y como punto de arranque del movimiento obrero contemporáneo, tanto en su dimensión reivindicativa como política. Dentro de tal esquema, la huelga de 1890 se constituye en la “partida de bautismo” de una nueva forma de enfrentamiento social, tras la cual se distinguía un actor social también nuevo, con percepciones nuevas, conductas nuevas, y, en definitiva, una “identidad” diferente a lo anteriormente conocido.⁵ Considerando el papel protagónico, aunque a menudo trágico, que este actor ha desempeñado durante el siglo XX, no es extraño que la historiografía se haya interesado una y otra vez por conocer mejor el origen y surgimiento de esa nueva identidad.

En general, este interés se ha concentrado en las particularidades de la vida y la organización social en los territorios salitreros. Los mecanismos económicos que allí se implantaron, regidos por el afán de lucro capitalista y

² Además de las referencias de la nota anterior, para el caso específico de los obreros del guano ver mi artículo “La caldera del desierto: los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social”, *Proposiciones* N° 19, Centro de Estudios Sociales SUR, Santiago, 1990.

³ Chile, Congreso Nacional. *Sesiones Ordinarias de la Cámara de Diputados*, sesión de 3 de julio de 1890.

⁴ *El Ferrocarril*, 9 de julio de 1890.

⁵ El concepto de “identidad social” se ha inspirado en los trabajos de Luis Alberto Romero, particularmente “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad”, *Desarrollo Económico*, vol. 27, N° 106, Buenos Aires, 1987.

los intereses del mercado; las relaciones sociales que imperaron, mediatizadas por lazos monetarios y profundamente marcadas por la transitoriedad en el trabajo o la habitación; la cultura que se fue definiendo, desprovista de un sólido anclaje en tradiciones precapitalistas y escindida por barreras nacionales e idiomáticas: todos estos rasgos habrían configurado un entorno donde el obrero debió modificar su imagen de sí mismo y del mundo, asumir nuevas conductas y valores, construir una nueva identidad. Debió abandonar antiguas seguridades basadas en la destreza y la experiencia, en la autonomía de su práctica laboral o en lealtades subjetivas afincadas en la tradición y el prolongado contacto personal, reemplazándolas por la fuerza del número, de la organización, de la acción planificada y concertada. Debió resignarse a combatir el nuevo orden de cosas desde adentro, en lugar de ceder al primer impulso que lo inclinaba más bien hacia la fuga. En suma, abrumado por un nuevo régimen de dominación laboral y social, el peón debió transformarse en proletario. La huelga general de 1890, primera expresión a gran escala de dicho cambio, no hacía sino revelar una conducta que la propia naturaleza de la sociedad salitrera habría hecho inevitable.

El atractivo de esta visión descansa en buena medida en las muy especiales circunstancias en que se desarrolló la industria salitrera. Su lejanía de los centros tradicionales de poblamiento, su artificiosa constitución en un territorio muy poco habitado, la avalancha inmigratoria que ella desencadenó, sin duda agilizaron la ruptura con esquemas anteriores y apresuraron la adopción de formas nuevas de interrelación y dominación social. Adicionalmente, la dificultad física de abandonar las regiones salitreras seguramente llevó a los trabajadores a ver en su nueva condición una cierta irreversibilidad. Todo ello distinguió muy nítida, y tal vez determinadamente, esta experiencia de transición laboral de otras a simple vista semejantes, como las verificadas en la minería del Norte Chico, en los centros urbanos del Valle Central o en la zona del carbón.

Sin embargo, el verdadero efecto del nuevo entorno económico y social sobre la construcción de identidades obreras no puede ser cabalmente establecido sin tener al menos alguna noción de quiénes fueron los que se enfrentaron a él. Las nuevas experiencias de vida y trabajo no operaron sobre una tabla rasa, sino sobre seres humanos que, por muy profunda que haya sido la ruptura provocada por la migración, y por mucha que haya sido su juventud, traían consigo hábitos y creencias, sueños y expectativas. Para llegar a comprender un proceso de transición social, la formación de nuevas conductas y visiones de mundo, es necesario considerar tanto el punto de partida como el de llegada, lo que se traía tanto como lo que se encontró.

El propósito general de la investigación que da origen a este artículo es aproximarse, dentro de lo que permiten testimonios tan indirectos como las

conductas observables y las opiniones de terceros (por lo general de carácter hostil), a un mayor conocimiento de uno de los varios grupos de trabajadores que migraron a las regiones del salitre. Por razones prácticas, el grupo seleccionado ha sido el de los obreros chilenos que llegaron a los entonces territorios peruano y boliviano de Tarapacá y Antofagasta en las primeras décadas del ciclo salitrero, hasta el estallido de la Guerra del Pacífico. Mediante una caracterización más precisa de quienes integraron esa corriente migratoria, así como de los comportamientos que exhibieron y las reacciones que provocaron al llegar a su destino, se espera adquirir una noción más completa del tipo de personas que protagonizaron la primera fase del proceso de proletarización salitrera. Aunque mucho más difícil de encontrar, la ocasional declaración de motivos para emigrar también contribuye a identificar mejor a los que tomaron dicha decisión. Por uno u otro conducto, la información que aquí se exhibe nos lleva a conocer mejor a los peones que transitaron por el camino del trabajo salitrero, aportando algunos antecedentes más a la historia de la formación de la clase obrera en Chile.

2. UNA AVALANCHA DE CHILENOS

Aunque todos los testimonios de la época coinciden en destacar la gran cantidad de chilenos que trabajaba en la industria salitrera cuando ésta aún se hallaba bajo dominio peruano y boliviano, no resulta fácil traducir las impresiones generales a cifras precisas. En lo que respecta a la región peruana de Tarapacá, la primera estimación más o menos confiable corresponde al Censo Nacional de 1876. Para esa fecha, de una población total de 37.099 personas, 9.663, o sea, un 26,05 por ciento, eran de nacionalidad chilena. En el distrito de Iquique, donde se ubicaba el principal puerto de embarque y la mayor concentración de oficinas salitreras, la presencia chilena era levemente mayoritaria, alcanzando un 52,41 por ciento.⁶ Hay que considerar, sin embargo, que el censo se levantó en un período de crisis económica que ya se prolongaba por varios años, y que en el caso concreto del salitre había derivado en una alta tasa de desempleo. Por informaciones emanadas de las autoridades administrativas de Tarapacá, se sabe que la crisis empujó a un número indeterminado de

⁶ Para obtener estas cifras del censo peruano de 1876 se ha consultado un resumen que aparece en A. Lawrence Stickell, *Migration and Mining: Labor in Northern Chile in the Nitrate Era, 1880-1930*, tesis doctoral inédita, Indiana University 1979. Cf. también Oscar Bermúdez Miral, *Historia del salitre, desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*, Santiago, 1963, 369.

chilenos a retornar a su país, o a buscarse el sustento en otra parte.⁷ En consecuencia, es posible suponer que en el momento de máxima actividad salitrera previa a la Guerra del Pacífico, que podría situarse en la coyuntura expansiva de 1868-1873, el número de chilenos trabajando en Tarapacá pudo ser bastante mayor.

Lamentablemente, por el momento, esta hipótesis sólo puede sustentarse en apreciaciones de observadores cuyo interés no era llegar a una cuantificación exacta de la población chilena. Así, un informe elaborado en junio de 1869 por el Subprefecto de la entonces Provincia Litoral de Tarapacá aludía genéricamente a una cantidad de ocho a diez mil peones chilenos y bolivianos solamente en las salitreras, y diez a doce mil "peones extranjeros" para el conjunto de la provincia.⁸ Dos años después, el cónsul chileno domiciliado en Iquique informaba al Intendente de Valparaíso que "en esta provincia no bajan de siete mil los chilenos ocupados en facnas salitreras", cifra que confirmaba los temores del referido Intendente respecto al éxodo de trabajadores chilenos hacia el Perú.⁹ Hacia 1874, el Prefecto tarapaqueño, Amaro Tizón, afirmaba que "la mayor parte" de los peones salitreros "son ciudadanos chilenos", agregando que la crisis por la que pasaba dicha industria hacía aconsejable que el Consulado de Chile "ofreciera en los vapores mercantes pasaje gratis a los chilenos que, por carecer de ocupación, quisieran voluntariamente regresar a su patria".¹⁰ Para diciembre de 1875, sin embargo, el inicio de la explotación de las guaneras tarapaqueñas generó un movimiento compensatorio, enganchándose para el efecto más de 1.200 peones directamente desde Chile.¹¹

La llegada de peones chilenos a Tarapacá ha sido asociada por algunos autores con un desplazamiento masivo hacia el sur peruano, motivado por la construcción de ferrocarriles que emprendió el gobierno de José Balta. Apoyándose en informaciones difundidas principalmente a través del *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, dichos autores estiman en 20 a 25 mil

⁷ *Archivo de la Prefectura de Tarapacá* (citado en adelante como APT), "Oficios de Prefectura, 1875-1876", Prefecto a Agente de la Compañía Inglesa de Vapores, varias notas entre octubre y diciembre de 1875.

⁸ APT, "Oficios Varios, 1868-1870", Informe del Subprefecto, 30 de junio de 1869.

⁹ *Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores* (citado en adelante como AMRREE), 1871, vol. 78, Bernardo de la Barra, cónsul chileno en Iquique, a Francisco Echaurren H., Intendente de Valparaíso, 24 de agosto de 1871.

¹⁰ APT, "Oficios de Prefectura, 1872-1874", Prefecto a Cónsul de Chile en Iquique, 20 de mayo de 1874.

¹¹ APT, "Notas de la Prefectura a los Directores de Policía y Gobierno, 1875-1876", Prefecto a Director de Policía, 13 de diciembre de 1875.

la cantidad de chilenos atraídos por esas obras solamente entre 1868 y 1872.¹² La construcción de los Ferrocarriles Salitreros de Tarapacá durante los mismos años habría movilizado por sí sola entre cuatro y seis mil chilenos.¹³ Sin entrar en consideraciones sobre la exactitud de las cifras, lo que debe retenerse es la noción de varios miles, tal vez decenas de miles, de trabajadores chilenos viajando al Perú para emplearse en el tendido de líneas férreas. Habiendo ya tomado la decisión inicial, no sería extraño que muchos de ellos permaneciesen en esas latitudes dedicados a ocupaciones más permanentes. Al unirse a los chilenos que se encontraban allá desde antes de 1868, deben haber conformado un contingente lo suficientemente numeroso como para provocar el nerviosismo de las autoridades locales, según se verá más adelante.

Lo dicho para Tarapacá es aún más pertinente en el caso del territorio boliviano que eventualmente pasó a ser la provincia chilena de Antofagasta. Aunque su industria salitrera tuvo un desarrollo más tardío que la de Tarapacá, esta zona comenzó a atraer peones chilenos prácticamente desde que Bolivia se transformó en nación independiente. A fines de 1828, el Mariscal Andrés de Santa Cruz instaló personalmente una primera colonia de sesenta trabajadores chilenos en el puerto de Cobija, por ese entonces en los inicios de su poblamiento. Un censo levantado en 1832 por el cura párroco del mismo puerto consignaba una población de 104 chilenos sobre un total de 483, lo que equivalía a un 21,53 por ciento.¹⁴ La explotación del guano a partir de la década de 1840 incrementó este fenómeno migratorio, de tal modo que para 1858 un agente consular ya podía afirmar que "la mayor parte de la población de Cobija es compuesta de súbditos chilenos, pues casi todos los obreros empleados allí han sido llevados de esta República".¹⁵ La tendencia no varió en años sucesivos, cuando el hallazgo de salitre en la vecindad de Antofagasta, y sobre todo de plata en el mineral de Caracoles, abrieron nuevos cauces en la economía regional. Por el contrario, en esos distritos se verificó una concentración

¹² El estudio más exhaustivo sobre el tema es el de Watt Stewart, "El trabajador chileno y los ferrocarriles del Perú", *Revista Chilena de Historia y Geografía* julio-diciembre, 1938. Las cifras del *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura* también han sido citadas por Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge, 1975, 52-53, y Thomas O'Brien, *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition, 1870-1891*, Nueva York y Londres, 1982, 8.

¹³ Esta es la cifra que entrega Bermúdez en su *Historia del salitre...*, *op. cit.*, 369, aunque debe advertirse que no consigna la fuente de donde extrajo dicha información.

¹⁴ Estas cifras han sido extraídas de Fernando Cajías, *La provincia de Atacama (1825-1842)*, La Paz, 1975, un estudio exhaustivo de los primeros años de lo que posteriormente iba a ser el Departamento boliviano de Cobija, y más tarde la provincia chilena de Antofagasta.

¹⁵ *AMREE* 1858, vol. 92, f. 121v.: Cónsul de Chile en Cobija a Ministro de Relaciones Exteriores, 18 de noviembre de 1858.

especialmente intensa de migrantes chilenos, lo que contribuyó a alimentar las tensiones que eventualmente desembocaron en la Guerra del Pacífico.¹⁶

En términos más específicos, un censo municipal levantado en 1875 sólo para el naciente puerto de Antofagasta revelaba una mayoría chilena de 4.530 habitantes sobre una población total de 5.384, es decir, un 84,14 por ciento. Ya en vísperas de la ocupación militar chilena, una estadística similar para la totalidad del distrito de Antofagasta, incluyendo tanto el puerto como los cantones salitrales que convergían en él, registraba una población de 6.554 chilenos sobre un total de 8.507 habitantes, lo que equivalía a un 77,04 por ciento.¹⁷ Es verdad que este predominio no se hacía extensivo al conjunto del territorio. En las zonas de poblamiento más antiguo y en las localidades del interior como Calama, Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y otras, la población chilena era prácticamente inexistente. Lo que vale la pena rescatar, sin embargo, es que la afluencia masiva de chilenos se canalizó preferentemente hacia distritos con muy poca población previa en que comenzaron a desarrollarse actividades económicas nuevas, como la extracción de guano, salitre y plata. A juzgar por esas indicaciones, la constitución de mercados laborales nuevos parece haber ejercido un especial atractivo sobre el trabajador chileno.

De hecho, lo que más llama la atención al analizar la composición de la fuerza de trabajo tanto en Tarapacá como en Antofagasta es la escasez de obreros procedentes de los países a los que esos territorios pertenecían. Para el caso de Tarapacá, todos los testimonios coinciden en identificar una clase trabajadora integrada fundamentalmente por chilenos y bolivianos, con los primeros en mayoría. En Antofagasta, como se ha visto, el predominio lo ejercieron los chilenos. Curiosamente, la migración obrera boliviana sólo se hizo presente masivamente en Tarapacá, y no parece haberse extendido en cantidades significativas al territorio salitrero boliviano. A primera vista, esto indicaría que el trabajador chileno estuvo más llano a responder al tipo de estímulos, fundamentalmente de orden salarial, que emanó de las nacientes industrias extractivas del Desierto de Atacama. De ser ello así, podría aventurarse la hipótesis de que la "proletarización" del peonaje chileno, al menos en su acepción de sensibilidad frente a las señales del mercado, precedió a su traslado a las sierras del salitre. Así definida, la proletarización habría sido tanto un prerrequisito como una consecuencia de la experiencia salitrera.

¹⁶ Dichas tensiones están muy presentes en la documentación que intercambiaron durante la década de 1870 los agentes consulares chilenos y el Ministerio de Relaciones Exteriores, según puede verse en el Archivo del referido Ministerio. Ver también Oscar Bermúdez, *op. cit.*, 177-238, 369-371.

¹⁷ Las cifras relativas a Antofagasta han sido tomadas de Bermúdez, *op. cit.*, 369-371.

3. EL POSIBLE APRENDIZAJE PREVIO

A diferencia de otros procesos que se verificaron por esos mismos años, como el trabajo de "culfes" chinos en las guaneras peruanas, la afluencia masiva de trabajadores chilenos hacia las costas del Desierto de Atacama aparece como un movimiento esencialmente voluntario, inducido por la expectativa de mayores ingresos. Ya con el grupo llevado a Cobija en 1828 por Andrés de Santa Cruz se percibe una motivación sustentada más que nada en la oferta de jornales atractivos.¹⁸ Un documento oficial del gobierno de Chile en 1862 recordaba que al iniciarse la explotación de las guaneras en Perú y Bolivia, "nuestros ciudadanos fueron víctimas, como ahora, de la misma ilusión o engaño que los inducía a abandonar sus hogares y sus familias cambiando su tranquila existencia en el país por la promesa de un jornal nominalmente mayor y de una mayor fortuna".¹⁹ Cinco años más tarde, el Ministro de Relaciones Exteriores oficiaba a José Santos Ossa, cónsul chileno en Cobija, sobre la imposibilidad en que se encontraba el Estado de Chile de amparar a los trabajadores chilenos que acudían continuamente a buscar la protección del Consulado. "El Estado", argumentaba el Ministro en su nota, "no puede constituirse en asegurador de la subsistencia de ciudadanos que en busca de fortunas o de una mejor posición se han aventurado a esas lejanas regiones".²⁰ En 1871, finalmente, el mismo Ministerio opinaba que las penurias de los chilenos en Tarapacá no eran sino "las consecuencias de su impremeditado y voluntario destierro".²¹

Es evidente que la emigración obrera era percibida con inquietud entre las autoridades chilenas. Cuando el empresario estadounidense Henry Meiggs inició sus enganches masivos en 1868 para la construcción de ferrocarriles en el Perú, esta inquietud adquirió dimensiones de crisis nacional, desatando una cadena de denuncias en la prensa y entre los círculos más influyentes de la clase dirigente nacional.²² Lo que interesa destacar ahora, sin embargo, es la receptividad del peonaje chileno frente a estímulos de exclusiva índole monetaria. En el caso de los enganches promovidos por Meiggs, a nadie cupo duda que la decisión de emigrar se originaba principalmente en el monto de los

¹⁸ Cajías, *op. cit.*, 97-98.

¹⁹ AMRREE 1862, vol. 96, circular N° 348, 11 de junio de 1862.

²⁰ AMRREE 1867, vol. 129, f. 333: Ministro de Relaciones Exteriores a cónsul de Chile en Cobija, 2 de mayo de 1867.

²¹ AMRREE 1871, vol. 147, fs. 14-15: Ministro de Relaciones Exteriores a Intendente de Valparaíso, 1 de septiembre de 1871.

²² Esto se reflejó en los principales órganos de prensa como *El Mercurio* de Valparaíso, y en la opinión oficial de cuerpos tan influyentes como la Sociedad Nacional de Agricultura, a través de su *Boletín*. Ver también Watt Stewart, *op. cit.*

jornales ofrecidos, aunque algunos observadores también hicieron alusión a las favorables condiciones de trabajo que habían prevalecido en las faenas dirigidas por Meiggs en Chile.²³ Ocasionalmente se insinuaba que los enganchados se valían de engaños y promesas fraudulentas que al llegar los trabajadores a su destino quedaban sin cumplir.²⁴ Aun así, lo importante es que el peón chileno estaba dispuesto a emprender un viaje de duración indefinida hacia tierras desconocidas, sin más aliciente que el de un salario que se le anunciaba como mejor que el vigente en Chile. A juzgar por las cifras, esta predisposición era mucho más difícil de encontrar entre los trabajadores peruanos y bolivianos. En consecuencia, puede deducirse que en algunos sectores de la sociedad chilena ya se había transitado más decididamente hacia una relación laboral definida y reglamentada por el salario.

La conformación directa de esta hipótesis requeriría disponer de testimonios personales de quienes participaron en el flujo migratorio. Si los propios trabajadores hubiesen dejado alguna declaración sobre las razones o deseos que justificaron una aventura de tal magnitud, el proceso de transformación de identidades se haría mucho más fácil de pesquisar. Un documento que permite asomarse indirectamente a este factor motivacional es un contrato de trabajo suscrito en julio de 1862 entre 69 peones chilenos (entre ellos diez mujeres que acompañaban a sus esposos) y el empresario brasileño Pedro López Gama, concesionario de las guaneras bolivianas de Paquica, situadas al norte de Tocopilla.²⁵ De acuerdo a sus estipulaciones, los trabajadores se obligaban a laborar ininterrumpidamente en dichas guaneras, "de sol a sol", por un lapso de "diez meses rayados", exceptuándose solamente los festivos reconocidos por "el almanaque chileno". A cambio de ello, López Gama se comprometía a cancelar un jornal de cuatro reales por día trabajado, además de la alimentación diaria, el transporte desde y hacia Valparaíso, y el sustento en caso de enfermedad. Aquellos peones que cumplieren un mes de trabajo sin faltar un solo día recibirían una gratificación adicional de un peso, pero las inasistencias no motivadas por enfermedad darían lugar a una multa de cuatro reales diarios. Finalmente, el contrato prohibía expresamente "el juego y la introducción de licor en los establecimientos", castigándose la contravención a dicha norma con el despido inmediato.²⁶

²³ Stewart, *op. cit.*, 131-135.

²⁴ Este era el argumento de la mayor parte de los artículos de denuncia a que se aludió anteriormente; un ejemplo concreto en *AMRREE* 1862, vol. 96: Circular sobre enganche de peones, 11 de junio de 1862.

²⁵ Cf. William Lofstrom, *Cobija y el litoral boliviano, visto por ojos extranjeros: 1825-1880*, La Paz, 1991, 85.

²⁶ Este contrato de enganche ha sido localizado en el *Archivo de la Intendencia de Valparaíso*, vol. 147, "Solicitudes".

Este contrato fue leído a los trabajadores por las autoridades portuarias de Valparaíso en el momento en que se disponían a embarcarse para Cobija, y, de acuerdo a la información citada, fue aceptado por ellos "en todas sus partes". En consecuencia, podría decirse que en este caso al menos queda comprobado que el viaje a los territorios nortinos se originó en una oferta monetaria libremente aceptada. Una circular emitida por el Ministerio de Relaciones Exteriores más o menos por el mismo tiempo sugiere que la voluntariedad se percibía como la regla general. Aludiendo a la preocupación manifestada en algunos círculos de opinión chilenos por la emigración obrera, el documento recordaba que otra circular de octubre de 1855 había reglamentado oficialmente la suscripción de contratos de enganche, rodeándola "de todas las formalidades conducentes a evitar todo engaño y falta de cumplimiento". De tal modo, se aseguraba, se pretendía conciliar "la libertad del ciudadano con la protección que se empeñaba en dispensarles el gobierno", previniendo "el abuso que empleaban deshonestos especuladores para con nuestros nacionales".²⁷ En otras palabras, si bien el gobierno no desestimaba la preocupación ambiente frente a una eventual "sangría" de trabajadores chilenos, tal preocupación no podía llegar al extremo de impedir la realización de un proyecto migratorio libremente decidido. Una vez más, la imagen que surge es la de una emigración esencialmente voluntaria, estimulada por al menos la expectativa de un contrato propicio.

Otra forma de aproximarse indirectamente al tema de los estímulos para la decisión de emigrar es el análisis de los orígenes geográficos, y, por ende, las experiencias previas de los peones que partieron hacia Bolivia y el Perú. Los patrones que de allí emergen contribuyen a perfilar mejor al obrero migrante. En esta línea, el caso más masivo y documentado es sin lugar a dudas el que se canalizó hacia las faenas ferroviarias dirigidas por Henry Meiggs. Quienes ya habían trabajado para Meiggs, o para otros contratistas, en la construcción de ferrocarriles en Chile, estaban bastante familiarizados con el trabajo asalariado y un régimen laboral alejado de las normas consuetudinarias de interacción entre patrón y obrero. Tampoco era desconocida para ellos la congregación de grandes cantidades de trabajadores en campamentos de carácter transitorio, o la subordinación a una nueva disciplina laboral impuesta por técnicos y supervisores extranjeros. La adaptación a tales condiciones no tiene por qué haber sido fácil, ni haber estado exenta de roces y fricciones. De hecho, al menos una vez al año era habitual que los peones carrilanos desertaran masivamente de las faenas para retornar a sus campos ancestrales y em-

²⁷ AMRREE 1862, vol. 96, Germán Maturana a Ministro de Relaciones Exteriores, 11 de junio de 1862.

plearse en la temporada de cosecha.²⁸ Así y todo, los ferrocarriles chilenos fueron concluidos y a Meiggs no se le hizo difícil entusiasmar a sus antiguos empleados para acompañarlo a hacer lo mismo en el Perú. Aunque esta conexión debe ser estudiada más a fondo antes de proponer conclusiones más categóricas al respecto, lo que ya se conoce sobre el trabajo de construcción de ferrocarriles en Chile permite vislumbrar algunas analogías muy sugerentes con lo que iba a ser la vida en las regiones salitreras. En estas últimas, desde luego, era mucho más difícil "escapar" de regreso al mundo campesino tradicional, de tal modo que lo que en el trabajo ferroviario era transitorio, acá se hacía permanente. Con todo, la experiencia adquirida en el primero debió ser muy útil para el segundo. Más importante aun: debió conferir a la decisión de emigrar un carácter mucho menos dramático y rupturista.

Un análisis preliminar de los lugares de origen de algunos migrantes chilenos a las regiones salitreras permite reforzar las impresiones derivadas del ejemplo anterior. A fines de 1884, cuando la provincia de Tarapacá ya había pasado a ser posesión chilena, se confeccionaron unas listas electorales donde se indicaba el nombre, lugar de nacimiento y oficio de todos los votantes. El total de personas registradas en los distritos que dependían directamente de la capital provincial (Iquique) alcanzó a 2.494, lo que representaba el 36,16 por ciento de toda la población chilena masculina mayor de veinte años. Aunque la legislación vigente excluía del sufragio a los analfabetos, la lectura de los oficios y ocupaciones consignados por los padrones revela que en una inmensa mayoría se trataba de artesanos y trabajadores, cosa no muy extraña en una provincia que a la sazón exhibía las tasas de alfabetismo masculino más altas de Chile (sobre el cincuenta por ciento de la población masculina mayor de cinco años). En consecuencia, se trata de una muestra significativa, aunque no precisamente aleatoria. Sea como fuere, un 46,59 por ciento de los 2.494 encuestados declaró ser nacido en las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua, vale decir, las provincias más urbanizadas y comercializadas del país. Otro 24,18 por ciento provenía de las provincias mineras del Norte Chico, también una zona plenamente familiarizada con el trabajo asalariado y los mecanismos del mercado. En cambio, sólo un 29,23 por ciento identificaba como lugar de origen a las provincias más tradicionales del Chile central, y una minoría ínfima a las zonas de más reciente poblamiento al sur de Concepción.²⁹

²⁸ La organización y características del trabajo de construcción de ferrocarriles en Chile ha sido analizada por Robert B. Oppenheimer, *Chilean Transportation Development: The Railroad and Socio-Economic Change in the Central Valley, 1840-1885*, University of California, Los Angeles, 1976, tesis doctoral inédita.

²⁹ Los padrones electorales fueron publicados en *El Veintiuno de Mayo*, Iquique, 16 de enero al 3 de febrero de 1885. Las cifras sobre alfabetismo provienen del *Sexto Censo General de la Población de Chile*, Valparaíso, 1885.

Es verdad que estas cifras corresponden a una etapa posterior a la Guerra del Pacífico, y pueden por lo tanto revelar patrones migratorios distintos a los que prevalecieron antes de ese conflicto. Asimismo, el requisito de alfabetismo pudo discriminar a favor de quienes procedían de regiones más integradas a las pautas culturales y sociales de la vida moderna. Con todo, no deja de ser sintomático el predominio aplastante de regiones en que la vida económica ya había tomado un sesgo marcadamente comercial, y en que la movilidad laboral en función de las señales del mercado pasaba cada vez más a ser la norma. Como en el caso de los ferroviarios, los migrantes chilenos originarios de esos espacios tendrían que haber sido más permeables al estímulo de un salario, y no iban a enfrentarse a condiciones de vida y relación social tan distintas de lo que ya conocían.

Para el período anterior a la guerra no se dispone de una muestra tan completa como la que proporcionan los padrones electorales de 1884. A modo preliminar, sin embargo, se ha realizado un experimento más limitado a partir de otro tipo de documentación que ocasionalmente consigna el lugar de nacimiento de obreros chilenos. Los resultados, una vez más, indican el mismo tipo de correlación. Así, una revisión del Archivo Judicial de Antofagasta para el período que va desde 1850 a 1878 ha permitido identificar el origen de 24 trabajadores chilenos. De éstos, quince declaran haber nacido en las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua, y otros cinco en la región del Norte Chico, quedando solamente cuatro nacidos en las provincias agrarias del sur de Santiago.³⁰ Por otra parte, la correspondencia enviada por los cónsules chilenos en Cobija al Ministerio de Relaciones Exteriores durante el mismo período identifica en los términos indicados a ocho chilenos, siendo cinco oriundos de Santiago y Aconcagua, y los tres restantes de las provincias de más al sur.³¹ En suma, aunque sobre una base reconocidamente muy precaria, parecería confirmarse la distribución derivada de las listas de 1884.

Las tendencias que sugiere el análisis precedente hacen posible reforzar la hipótesis aventurada al término de la segunda sección de este trabajo, en el sentido que la mayor respuesta de los peones chilenos a la constitución de un mercado laboral en los territorios salitreros estaría vinculada a un proceso de proletarización con algún camino ya recorrido. En efecto, de confirmarse el origen de la migración obrera chilena en espacios económicos donde ya se estaban definiendo relaciones e identidades sociales de cuño más capitalista, se avanzaría bastante en el propósito de aclarar tanto el hecho mismo de la migración como las conductas asumidas posteriormente por los emigrados. En otras

³⁰ *Fondo Judicial de Antofagasta*, diversos volúmenes, 1850-1878.

³¹ *AMRREE*, vols. 94 y 172.

palabras, la sociedad generada en torno a la explotación del salitre sólo habría completado un proceso que ya venía desde antes, pero frente al cual todavía subsistían, para los trabajadores del Chile tradicional, posibilidades de retroceder. En tal sentido, habría sido la "irreversibilidad" relativa de la experiencia proletaria en el Norte Grande, la enorme dificultad de emprender un regreso a espacios aún precapitalistas, lo que marcó la verdadera diferencia entre una situación y otra. Encerrados en una relación a todas luces definitiva, a los obreros de la región salitrera no les quedaba más alternativa que "huir hacia adelante".³²

4. LA DIFÍCIL CONVIVENCIA

Porque aceptar la permanencia de la nueva condición existencial no era fácil, la conducta exhibida por los obreros chilenos se definió desde un principio en términos de fuerte antagonismo social, complicado adicionalmente, dado su origen extranjero, por connotaciones de orden nacional. Evidentemente, la efervescencia popular no es un atributo exclusivo de las sociedades capitalistas, pudiendo darse incluso con niveles más altos de violencia y radicalidad en contextos "premodernos". Para los efectos del actual análisis, sin embargo, lo que interesa es detectar detrás de las expresiones concretas de rebeldía social alguna reacción claramente suscitada por las nuevas condiciones de vida y trabajo, y eventualmente un reacomodo de tales expresiones en función de esta nueva realidad. Simplificando sobremanera, podría decirse que la respuesta más habitual del trabajador precapitalista al enfrentarse a un proceso de proletarización es la de desembarazarse rápidamente de la dependencia salarial y el tipo de disciplina que ella conlleva. En cambio, una huelga como la de 1890 ya indica una estrategia en que la aceptación de la condición proletaria queda más que implícita. En tal virtud, una breve reseña del comportamiento de los migrantes chilenos y el impacto que éste provocó en la sociedad receptora, especialmente entre sus sectores dirigentes, aporta otra perspectiva sobre el nexo entre migración y construcción de nuevas identidades populares.

El primer hecho atingente que se ha podido identificar ocurrió en diciembre de 1828. Por aquel entonces el naciente Estado boliviano se empeñaba en fomentar el poblamiento del puerto de Cobija, única salida propia hacia el

³² Esta idea ya ha sido propuesta en Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado. (Chile, 1850-1914)*, Santiago, 1991, capítulo tres.

comercio mundial. Con tal propósito, el Mariscal Andrés de Santa Cruz reclutó personalmente en Valparaíso a un grupo de sesenta chilenos, entre los que se contaban catorce mujeres, para ir a trabajar al litoral boliviano. Una vez en su destino, sin embargo, los colonos se manifestaron disconformes con el salario que se les ofrecía, poniendo en una difícil situación al Administrador de la Aduana de Cobija:

Desembarcada ya la gente, me fue preciso tanto por evitar que se aburriera por falta de jornales, como para evitar que se arrojaran a un exceso contra los fondos públicos y contra las propiedades del corto vecindario industrial que aquí existe, a ajustar el jornal que me proponía abonarles de dos reales diarios en plata y raciones, descontando uno para reintegrar el importe de los víveres. Pero esta indicación fue muy mal recibida por ellos; se amotinaron y no tuve otro remedio que convenirle en pagarles tres reales diarios, fuera de la ración.³³

Así, en lo que seguramente fueron los albores de la migración chilena hacia las tierras del salitre y el guano, la fijación del salario aparece nítidamente como un elemento contencioso. Más aún: enfrentado al descontento de los peones chilenos, el funcionario recién citado justificó las medidas adoptadas aludiendo al peligro de "un saqueo (de) los fondos de mi administración y los de este pequeño vecindario".³⁴ Desde los primeros contactos, las autoridades locales se fueron acostumbrando a asociar la migración peonal chilena con la amenaza al orden público.

Con el correr de los años, esta percepción no hizo sino fortalecerse. Hacia 1866, un albañil chileno radicado en Cobija desde 1851 declaraba, a raíz de un incidente suscitado entre algunos de sus compatriotas y la autoridad local, "que puede asegurar... que los chilenos son temidos allí sin que haya motivo para ello puesto que a nadie ofenden y cumplen luego lo que se les manda por la autoridad".³⁵ Con o sin motivo, tres años después un Subprefecto de la provincia peruana de Tarapacá advertía a sus superiores que en las salitreras había "ocho a diez mil peones chilenos y bolivianos de pésimas costumbres y de malos instintos, y las vidas y los intereses de los dueños de las salitreras se hallan siempre amenazados lo mismo que las poblaciones de Iquique y de Pisagua, por los abusos y atentados que cometen y que no se pueden reprimir

³³ El incidente está relatado y la cita reproducida en Cajías, *op. cit.*, 97-98.

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ AMRREE 1865, vol. 94, fs. 21-22 de un "informe sobre actos vejatorios ejercidos contra ciudadanos chilenos en Cobija"; la cita corresponde a la declaración del chileno Marcos Chandía, entregada el 16 de enero de 1866.

con oportunidad...". Para ilustrar mejor la validez de esta opinión, el funcionario citaba un caso concreto:

"Hacen cuatro días que un peón chileno a quien el Jefe de una de las oficinas le negó una cantidad de licor que pedía amenazó matarlo y no habiendo podido conseguirlo incendió un gran depósito de pólvora de minas destinada a la extracción del salitre causando daños de grave consideración en dicha oficina. El criminal fue aprehendido y conducido rápidamente a este puerto; pues la peonada chilena de las inmediaciones se preparaban quitarlo de manos de la autoridad como han acostumbrado antes de ahora, haciendo nula en lo absoluto la acción de las autoridades locales...".³⁶

En la última década antes de la Guerra del Pacífico, y en la misma medida en que la inmigración chilena alcanzaba mayor volumen e intensidad, la correlación entre peonaje chileno y violencia social llegó a ser casi automática. En un juicio iniciado en 1873 por el comerciante europeo Lázaro Chercovich, con motivo de un asalto perpetrado por tres desconocidos en una pulpería de su propiedad, el afectado, pese a no tener ningún antecedente concreto sobre sus agresores, no vaciló en identificarlos como chilenos: "como la mayor parte de estos hechos criminales son cometidos por gente chilena, el que puede dar razón de los delincuentes es un individuo chileno, algo avanzado de edad, a quien esa noche los delincuentes no lo hirieron sino lo amarraron y... por el hecho de no habersele herido presumo que los encausados sean paisanos de él...".³⁷

Dos años después, y ante la queja del cónsul de Chile en Iquique por la lentitud con que se investigaba el asesinato de un chileno, el Juez de Primera Instancia de ese puerto respondía que "suponiendo que hubiese alguna demora en el juicio criminal indicado, ésta sería sólo proveniente de que el juzgado se halla muy recargado en atención a los muchísimos juicios criminales que se siguen a súbditos chilenos por crímenes no menos atroces...".³⁸ La máxima autoridad de ese territorio ya había advertido al Administrador de la Aduana de Iquique, algún tiempo antes, que "la mayor parte de los pasajeros que arriban a este puerto, muy principalmente los venidos en los Vapores del Sur, desembarcan armados de revólveres...".³⁹ Es un hecho que algunos de los delitos más

³⁶ APT, Oficios Varios, 1868-1870: Informe del Subprefecto de la Provincia Litoral de Tarapacá, 30 de junio de 1869.

³⁷ Fondo Judicial de Iquique, 1873, legajo 1448, pieza 3.

³⁸ APT, Oficios de Prefectura, 1874-1875: Prefecto de Tarapacá a Ministro Plenipotenciario del Perú en Chile, 24 de julio de 1875.

³⁹ APT, Correspondencia dirigida por la Prefectura de Tarapacá a la Administración de la Aduana de Iquique, 1872-1876: Prefecto a Administrador, 13 de marzo de 1873.

bullados que conocieron las regiones salitreras durante aquellos años fueron cometidos por chilenos, destacándose especialmente dentro de tal contexto el bandido Silverio Lazo, más conocido como "El Chichero".⁴⁰ Esta misma correlación era la que inclinaba al Intendente de Policía de la localidad boliviana de Mejillones a sostener que "las circunstancias extraordinarias en que se encuentra este puerto demandan algunas medidas extraordinarias, pues está en la conciencia pública que existe un crecido número de malhechores venidos de Chile y el Perú, los frecuentes crímenes que se cometen aquí hablan muy alto en favor de esta verdad".⁴¹ Y aunque en este último caso se tenía la delicadeza de incluir a "malhechores peruanos" en la acusación, el predominio aplastante de los chilenos en la población de Mejillones indica muy claramente hacia dónde se dirigían los temores del jefe policial.

La opinión de las autoridades y empresariado de los territorios atacameños también se nutrió de ciertas manifestaciones conflictivas del peonaje chileno en el terreno de las relaciones de trabajo. En abril de 1863, por ejemplo, el cónsul chileno en Cobija informaba sobre un conflicto suscitado entre la firma de Matías Torres y Cía., explotadora de las guaneras de Mejillones, y los peones chilenos que laboraban allí. De acuerdo a denuncias formuladas por los propios trabajadores, el administrador de esas guaneras les había cancelado sus jornales en vales a ocho días vista, pagaderos en Cobija. Al llegar a este último punto, sin embargo, nadie quiso hacerse cargo de los documentos, obligando a los afectados a venderse los a los comerciantes de dicha plaza, seguramente a un precio inferior al nominal.⁴²

Antes de apelar a ese recurso, sin embargo, los trabajadores agraviados se dirigieron donde su agente consular, y también a la autoridad judicial de Cobija. Esta última se abstuvo de toda intervención, invocando en tal sentido la condición de indefinición territorial en que a la sazón se hallaba Mejillones (por esos años se debatía la pertenencia de ese punto a Bolivia o Chile). El cónsul de Chile, por su parte, informó a sus superiores del hecho, sugiriendo el embargo de los guanos de Matías Torres como una forma de prevenir la repetición de ese tipo de abusos. Ante esa indicación, el Ministerio de Relaciones Exteriores consultó qué medidas podían adoptarse para proteger los intereses de los trabajadores afectados, respondiéndosele que de acuerdo a la legislación

⁴⁰ La actividad delictual de los chilenos se refleja claramente en los Fondos Judiciales de Antofagasta e Iquique para los años indicados. Sobre "El Chichero" hay numerosas referencias en el Archivo de la Prefectura de Tarapacá, mientras que sus correrías por Antofagasta son mencionadas por Isaac Arce en sus *Narraciones históricas de Antofagasta*. Antofagasta, 1930.

⁴¹ *AMRREE* 1876, vol. 172, f. 78: Intendente de Policía y Capitán de Puerto de Mejillones de Bolivia a Cónsul General de Chile, 24 de noviembre de 1876.

⁴² *AMRREE* 1863, vol. 117, fs. 66-70: Cónsul de Chile en Cobija a Ministro de Relaciones Exteriores, 25 de abril de 1863.

vigente debía existir un contrato de enganche, con estipulaciones taxativas sobre fianzas y cauciones en caso de incumplimiento.⁴³ No se sabe del resultado final de estas gestiones, pero vale la pena retener dos reflexiones generales a propósito de este incidente: por una parte, la rapidez con que los peones chilenos involucraron en su problema a las autoridades políticas y consulares del territorio de su residencia, y por otra, la temprana preocupación del gobierno chileno frente al incremento de los enganches en el país, y a las consecuencias que éstos podían acarrear.⁴⁴

El no pago de jornales siguió originando conflictos que contaron con la participación protagónica de peones venidos desde Chile, reforzando la imagen que ya se venía formando en torno a ellos. En septiembre de 1876, el Gobernador de las guaneras tarapaqueñas de Pabellón de Pica obtenía de su superior en Iquique el envío de veinte gendarmes de infantería para resguardar el orden ante la perspectiva de "sucesos de conflicto quizá deplorables, ejecutados por los muchísimos obreros que se ocupan en el carguío del guano... con motivo de que la Empresa no ha tenido expedidos los fondos que debiera, para pagar las cuentas del mes vencido de Agosto".⁴⁵ Estas ocurrencias no hacían sino confirmar los temores que ya había manifestado la Prefectura algunos meses antes, en el sentido que la activación del trabajo en las guaneras había llevado a Pabellón de Pica "más de 1.200 chilenos de malas costumbres que tienen en amago la tranquilidad pública".⁴⁶ Independientemente de que en este caso específico el malestar de los obreros pudiese estar bien fundado, surge aquí una vez más la convicción de las autoridades tarapaqueñas de que las "malas costumbres" del peonaje chileno obligaban a mantener una vigilancia permanente.

Había, sin embargo, otras conductas peonales chilenas, no enmarcadas propiamente en el ámbito de lo delictual o laboral, que las autoridades peruanas y bolivianas llegaron a considerar aun más alarmantes. A lo largo del período analizado se produjo una serie de incidentes en que trabajadores chilenos se enfrentaron con otros grupos locales desde una postura que podría definirse como "nacionalista", y que contribuyó tal vez más que ninguna otra cosa a envenenar en su contra la atmósfera oficial, tanto en Tarapacá como en Antofagasta. Alimentada por los roces de origen económico y diplomático que comenzaron a converger sobre esos territorios hacia la década de 1870, la

⁴³ Se trata del mismo tipo de contrato descrito en la sección anterior de este artículo.

⁴⁴ El conflicto que se ha resumido quedó registrado en *AMRREE*, 1863, vol. 96, s. fojas.

⁴⁵ *APT*, Oficios de la Prefectura a los Directores de Policía y Gobierno, 1875-1876: Prefecto de Tarapacá a Director de Gobierno en Lima, N° 161, 8 de septiembre de 1876.

⁴⁶ *APT*, Oficios de Prefectura a Directores de Policía y Gobierno, 1875-1876: Prefecto a Director de Policía, N° 145, 13 de diciembre de 1875.

imagen negativa del obrero chileno se fue traduciendo en actos de desconfianza y hostilidad que posiblemente hayan incidido en preparar el terreno para el estallido de 1879, y que diversos intereses manipularon más de alguna vez en tal sentido. Para los efectos de este estudio, sin embargo, resulta de mucho mayor interés analizar hasta qué punto dichos actos ayudaron a profundizar entre los propios obreros una conciencia de mancomunidad, que eventualmente pudiese desplazarse hacia ámbitos distintos al de una identidad puramente nacional.

Un ejemplo concreto de estos "disturbios de nacionalidad", especialmente significativo por su temprana ocurrencia, fue un "robo y tumulto" protagonizado por peones chilenos en una oficina salitrera de Tarapacá. En enero de 1860 un grupo de entre 30 y 40 operarios chilenos de la oficina "Peragallos y Compañía" intentó forzar el acceso a una pulpería con el objeto de conseguir licor, iniciando una gresca a consecuencia de la cual resultó uno de ellos muerto y otros trece detenidos. En las declaraciones judiciales que se recogieron después de los hechos, varios testigos acusaron a los chilenos de insultar a las autoridades peruanas con epítetos como "negros y cosas peores", "cobardes y flojos zambos", y gritos de "¡Viva Chile!" y "¡Muera el Perú!". No queda claro de los testimonios si estas expresiones obedecían a prejuicios ya existentes, o si se originaron más bien en la ayuda que durante los incidentes prestaron algunos trabajadores peruanos a la policía. No obstante, la rápida polarización del conflicto en término de nacionalidad y las alusiones vertidas, de clara connotación racial, sugieren un grado de animosidad que no debe haber tenido un origen muy reciente.⁴⁷

Casi tres años después el distrito boliviano de Tocopilla fue escenario de un enfrentamiento parecido. Según el parte policial elevado a la autoridad administrativa, las fiestas de Navidad del año 1862 habían derivado en "una asonada de chilenos trabajadores de minas que en número de más de cien individuos han atacado a los propios bolivianos que se hallaban en el pueblo, también trabajadores". En la opinión del funcionario oficiante, la reyerta se había originado en un motivo "puramente nacional", agregando que "Los chilenos, en su ignorancia, creen que les es lícito expurgar a los bolivianos de este país; los otros, con mejores derechos, creen lo contrario".⁴⁸ Informado de los hechos, el cónsul de Chile en Cobija ponía en duda que "la escandalosa conducta observada por algunos peones chilenos en... Tocopilla" tuviese connotaciones políticas, atribuyendo más bien "estos desbordes a la embriaguez

⁴⁷ El incidente está relatado en *Fondo Judicial de Iquique*, 1860, legajo 1735, pieza 4.

⁴⁸ *AMRREE* 1862, vol. 115, f. 193: Policía del cantón Tocopilla a Jefe Político del Distrito, 28 de diciembre de 1862.

en que se hallaba la peonada con motivo de las fiestas de Pascua".⁴⁹ Con todo, no deja de ser sugerente que la embriaguez de los trabajadores se canalizara en el sentido indicado, especialmente si se considera que Tocopilla quedaba bastante más al norte del límite territorial que por ese entonces se disputaban Bolivia y Chile.

Con el transcurso de los años y la llegada de muchos otros trabajadores chilenos, estos incidentes se hicieron más frecuentes, derivando incluso en roces de orden diplomático. En uno de los sucesos mejor documentados, acaecido en 1876, un pleito entre chilenos y bolivianos ocupados en el mineral de Caracoles desembocó en una violenta intervención policial y la consiguiente muerte del trabajador chileno Eliseo Arriagada. La mediación de algunos "caballeros" de la localidad impidió que una poblada de más de 300 chilenos se arrojara sobre el cuartel de policía, pero la falta de acción judicial expedita sobre los autores del crimen generó un clima de fuerte tensión nacional. En su informe al Subprefecto de la Provincia, el cónsul chileno en Caracoles señalaba que "Desde mucho tiempo atrás se ha venido haciendo sentir una manifiesta rivalidad entre los chilenos y los nacionales bolivianos", agregando que "el suceso de anoche... vendrá a hacer revivir sus odiosidades y antipatías, y a colocar a los nacionales de ambos pueblos en una situación del todo insostenible si la justicia no se encarga de calmar la excitación de mis connacionales con un pronto y eficaz castigo".⁵⁰

Las "odiosidades y antipatías" a que hacía referencia el cónsul en Caracoles también se perciben con claridad en una solicitud elevada al cónsul de Chile en Mejillones por el chileno Pedro Barrios, descrito por este agente diplomático como trabajador de guaneras. Acusado de encabezar un motín en contra de la policía de esa localidad, Barrios se quejaba de haber sido sometido a un trato degradante, privándosele de alimentos y azotándosele en la barra, "pena corporal... que desconoce la legislación boliviana". Negando toda

⁴⁹ *AMRREE* 1862, vol. 115, f. 188, Cónsul de Chile en Cobija a Jefe Político, 30 de diciembre de 1862.

⁵⁰ Los disturbios de Caracoles, y otros que se suscitaron por ese mismo tiempo, están registrados en *AMRREE*, 1876, vol. 172, fs. 72-169. Las expresiones del cónsul chileno en Caracoles corresponden a una nota de 20 de noviembre de 1876, fs. 144-145 del volumen nombrado. El historiador boliviano Alexis Pérez ha analizado exhaustivamente estos incidentes, concluyendo que el empresariado chileno de Caracoles "sabía manejar y manipular el origen común para resolver los conflictos entre el capital y el trabajo y orientar para sus fines separatistas o para depositarlo en las espaldas del gobierno boliviano, acusándolo permanentemente como el causante de la explotación que sufrían y las penalidades inherentes al desarraigo y la marginalidad", en "Caracoles: Centro de confluencia de mineros, comerciantes y habilitadores capitalistas (1871-1878)", *Data*, Revista del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos, Universidad Simón Bolívar, Sucre, Bolivia, 1992, N° 2.

veracidad a las acusaciones que se le formulaban, Barrios atribuía su situación al deseo de "quitarme unas minas que yo he descubierto por mis propios brazos, y estas autoridades bolivianas las compran por plata". Terminaba su exposición solicitando cumplir su prisión "en mi Bandera chilena para no estar muriendo a pausa en manos de estos irracionales".⁵¹

Sumados a la conducta permanentemente turbulenta que exhibían los peones chilenos tanto en el ámbito laboral como en diversas instancias de la vida cotidiana, estos incidentes de nacionalidad no hicieron sino reforzar la desconfianza que hacia ellos profesaban las autoridades locales, ya ejemplificada en algunas citas anteriores. Hubo incluso ocasiones en que los propios representantes consulares chilenos, o sus superiores en el Ministerio de Relaciones Exteriores, emitieron opiniones coincidentes con ese sentir. En noviembre de 1859, por ejemplo, el cónsul de Chile en Cobija señalaba que "Diariamente se me presentan aquí quejas de parte de los peones chilenos, residentes aquí, contra las autoridades y principalmente contra la policía de este puerto..., pero casi siempre he visto que... son infundadas". En su opinión, si la autoridad local actuaba ocasionalmente con severidad, ello obedecía solamente a que "en un distrito mineral como éste adonde se reúne la hez de la peonada chilena hay que castigar las faltas cometidas... con mayor severidad que en cualquier otra parte...".⁵² En 1867 el propio Ministro de Relaciones Exteriores aconsejaba a otro cónsul en Cobija, José Santos Ossa, que ejerciera "sus deberes de protección (a nuestros nacionales) en una forma amistosa y conciliadora respecto de esas autoridades", especialmente si se tomaba en cuenta "el carácter turbulento de algunos de los chilenos que frecuentan esas costas".⁵³ Si así opinaban quienes más podrían haber "solidarizado" con los desbordes nacionalistas de la peonada chilena, difícilmente podría haberse esperado una actitud más tolerante de parte de las atribuladas autoridades peruanas y bolivianas.

En suma, ya fuese por su número, por su conducta violenta o por su exacerbada identidad nacional, los migrantes chilenos se constituyeron en un problema insoluble para la conservación del orden público tanto en Tarapacá como en Antofagasta, y por tanto en un objeto permanente de recelo y vigilancia. Los efectos que esta hostilidad pudo ejercer sobre su solidaridad grupal, y eventualmente sobre la conformación de un espíritu de cuerpo más permanente, son posibilidades que no deben descartarse al explorar el surgimiento de una nueva forma de identidad obrera en los territorios del norte.

⁵¹ *AMRREE* 1876, vol. 172, fs. 48-49 y 59-61.

⁵² *AMRREE* 1859, vol. 105, fs. 133-134: Cónsul de Chile en Cobija a Ministro de Relaciones Exteriores, 19 de noviembre de 1859.

⁵³ *AMRREE* 1867, vol. 129, f. 247: Ministro de Relaciones Exteriores a Cónsul General de Chile en Cobija, 2 de junio de 1867.

5. CONCLUSIONES

La modernización experimentada por la agricultura europea hacia mediados del siglo XIX valorizó comercialmente los territorios de Tarapacá y Antofagasta, sentando las bases para la prodigiosa expansión de las industrias del guano y el salitre. En este proceso la escasez de trabajadores se perfiló rápidamente como una de las necesidades más urgentes de atender. A diferencia del primer ciclo guanero centrado en las islas Chincha, dicha carencia no se suplió por la vía del traslado forzoso de peones chinos, sino por el juego más o menos espontáneo de los mecanismos del mercado. Así, la fuerza de trabajo que hizo posible la explotación del guano y el salitre atacameño llegó a esas zonas atraída fundamentalmente por la expectativa de un salario favorable. Y aunque en ese movimiento masivo participaron trabajadores de distintos orígenes nacionales, el aporte mayoritario provino del peonaje chileno. Este hecho, reconocido por todos los observadores de la época, sugiere que para el inicio del ciclo salitrero en Chile ya existía, más tempranamente que en Perú o Bolivia, un mercado laboral en vías de conformación.

Lo que se ha podido detectar sobre los orígenes específicos de los migrantes chilenos tiende, en general, a reforzar dicha hipótesis. Antes de llegar a Tarapacá o Antofagasta, la mayor parte de estos trabajadores parece haberse desempeñado en faenas no demasiado distintas de las que iban a encontrar allá, salvo, naturalmente, en lo que respecta al entorno geográfico. Ya sea en la construcción de ferrocarriles, en diversos oficios urbanos, en la minería del Norte Chico o en zonas de agricultura más comercializada como el valle de Aconcagua, el peón chileno que emprendía la aventura nortina ya había tenido algún contacto con el trabajo asalariado. Tampoco le era desconocida la disciplina industrial, la movilidad física y laboral, la vida en grandes aglomeraciones obreras, e incluso, en algunos casos, la subordinación a jefes y patrones extranjeros portadores de nuevas prácticas empresariales. Ya otros autores han demostrado cómo las relaciones de mercado habían penetrado profundamente en diversos sectores del Chile tradicional, generando un fenómeno de desplazamiento físico y ocupacional en el que la minería del Norte Grande sólo se insertaba como un eslabón más.⁵⁴ En tales circunstan-

⁵⁴ Las migraciones internas a partir de la década de 1830 han sido analizadas en profundidad por Ann Louise Hagerman Johnson, *Internal Migration in Chile to 1920: Its Relationship to the Labor Market, Agricultural Growth, and Urbanization*, tesis doctoral inédita, University of California, Davis 1978. El trabajo en la construcción de ferrocarriles es tratado por Roberto Oppenheimer, *op. cit.*, capítulo 5, y el desplazamiento hacia las ciudades y el trabajo urbano por Carlos Hurtado, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno*. Santiago, 1966, y Luis Alberto Romero, "Rotos y gañanes: trabajadores no calificados en Santiago (1850-

cias, el traslado hacia las tierras del salitre y el guano no aparecía como una ruptura violenta, sino más bien como una continuación de prácticas ya conocidas. La decisión de emigrar, en consecuencia, no revestía todo el dramatismo que se podría suponer.

Si se acepta esta relativa familiaridad con el trabajo que se iba a desempeñar, la conducta observada por los peones chilenos en Tarapacá y Antofagasta tampoco resulta difícil de explicar. La permanente rebeldía frente a las imposiciones de la autoridad y el patrón, la violencia de las reacciones individuales y colectivas, en fin, la facilidad para situarse fuera de la ley, no eran actitudes desconocidas entre el peonaje chileno que por esos mismos años trabajaba en la minería del Norte Chico, los ferrocarriles, la zona carbonífera o las ciudades en expansión. Por el contrario, todo indica que la desarticulación de la sociedad chilena tradicional que acompañó la aparición de formas económicas capitalistas provocó justamente ese tipo de reacciones entre quienes se vieron obligados a tomar el camino de la proletarización. La rebeldía peonal, tan notoria durante gran parte del siglo XIX, no sería sino una exteriorización del rechazo a esa opción, y sobre todo a las opciones intermedias que la precedieron.⁵⁵

Así, tampoco el comportamiento del peonaje chileno en las provincias salitreras marcaría una ruptura muy profunda con lo que ya se conocía. De hecho, se sabe que los obreros que participaron en la construcción de los ferrocarriles peruanos entre 1868 y 1872 también motivaron repetidamente la inquietud, cuando no la exasperación, de los encargados del orden público en las regiones donde debieron laborar.⁵⁶ Nada de eso, sin embargo, engendró expresiones obreras comparables a la huelga general de 1890. ¿Qué pasó, entonces, en los once años transcurridos entre 1879 y 1890? ¿Cómo entender el tránsito desde una rebeldía constante pero poco articulada hacia una movilización masiva con objetivos y procedimientos claramente definidos?

Parte importante de la respuesta a esta interrogante se sitúa precisamente en los hechos ocurridos en la década de 1880: en la propia experiencia de la guerra, en los cambios sufridos por la economía salitrera a partir de 1880, en las fluctuantes relaciones de los grupos dirigentes, y, sobre todo, en la plena internalización, por parte de los trabajadores, de las nuevas condiciones de vida y trabajo.⁵⁷ Sin embargo, en el primer ciclo de migración chilena que se

1895)", *Cuadernos de Historia*, N° 8, Santiago, 1988, y "Urbanización y sectores populares: Santiago de Chile, 1830-1875", *EURE, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, XI, 31 Santiago, 1894.

⁵⁵ Esta tesis ha sido desarrollada con especial contundencia en la obra de Gabriel Salazar, especialmente su *Labradores, peones y proletarios*, Santiago: 1984.

⁵⁶ Cf. Watt Stewart, *op. cit.*, 136-153.

⁵⁷ Esta es la temática y el período tratados en mi tesis doctoral antes citada: *A Desert Cradle: State, Foreign Entrepreneurs and Workers in Chile's Early Nitrate Age. Tarapacá, 1870-1890*.

ha analizado aquí, se insinúan al menos dos tendencias que pueden haber contribuido a la gestación de nuevas estrategias de definición social, y que de ese modo, indirectamente, podrían haber preparado los hechos de 1890.

En primer lugar, como ya se ha dicho, todas las experiencias anteriores de trabajo asalariado o "industrial" dejaban abierta la posibilidad de refugiarse, aunque fuese ocasionalmente, en relaciones de cuño más tradicional. En el Norte Grande, en cambio, la situación se pintaba en términos mucho más definitivos, frente a los cuales, al final, no quedaba más que acostumbrarse y tratar de obtener el mayor provecho dentro de las limitaciones existentes. De hecho, algunas expresiones empresariales de comienzos de la década de 1870 sugieren que el peonaje salitrero solía valerse de su recurrente "escasez" para imponer condiciones a la parte patronal, lo que no estaría desvinculado de la mecanización que por ese mismo tiempo empieza a experimentar esa industria.⁵⁸ Una vez internalizada la lógica del nuevo orden de cosas, él mismo ofrecía nuevos caminos de rebeldía y resolución de problemas.

Por otra parte, y por un camino seguramente mucho más tortuoso, la exacerbación de los sentimientos nacionales que rodeó a la experiencia peonal chilena en Tarapacá y Antofagasta también pudo incidir en el surgimiento de identidades sociales más amplias. Todo indica que su condición de extranjeros, y las reacciones que ella provocó en el poder local, tendieron a cohesionar y dotar de un cierto espíritu de cuerpo a quienes en un comienzo no tenían más en común que el porvenir de diferentes partes de Chile. Es verdad que este sentimiento podía encauzarse con tanta facilidad en contra de otros trabajadores como en contra de las autoridades o los patrones. Fue por eso que, al desencadenarse la Guerra del Pacífico, el Estado chileno no vaciló en capitalizar el nacionalismo peonal en función de su propio esfuerzo bélico. Una vez concluida la guerra, sin embargo, los problemas fundamentales del trabajador chileno no cambiaron mucho, pese a que el suelo que pisaba había dejado de ser extranjero. En qué medida esto sirvió para redefinir el sentido de una solidaridad antes tan marcada por lo nacional; en qué medida la animosidad nacionalista pudo reorientarse hacia un empresariado compuesto cada vez más por no-chilenos, son proposiciones que por el momento sólo pueden insinuarse. No debe haber sido fácil, sin embargo, sobre todo después de haber combatido en una guerra por su posesión, seguir sintiéndose extranjeros en una tierra que supuestamente ya no lo era.

⁵⁸ La referencia procede de los archivos de Antony Gibbs & Sons, y está citada por Thomas O'Brien, *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition, 1870-1891*, Nueva York y Londres, 1982, 12-13.